

tes orgánicos debieran profundizarse más y más por la meditación, mientras que de otra parte el comercio permanente con las ciencias de observación debiera contribuir á desenvolverla y perfeccionarla» (1).

En esta concepción aristotélica es donde principalmente se inspira el neo-tomismo.

---

(1) AD. TRENDELENBURG, *Logische Untersuchungen*, 3te. Aufl. Vorwort, S. IX.

## CAPITULO VIII

### El Neo-tomismo.

Durante los tres últimos siglos, ha venido corriendo muy general y valedera la opinión de que, después de la decadencia de la escuelas de la Grecia hasta la publicación del *Discurso del Método*, había quedado muerto el pensamiento filosófico, sin producir nada que con justicia mereciese fijar la atención de los filósofos. La escolástica era tenida durante esa época generalmente como una especie de parodia burlesca de la sana filosofía; y no han faltado historiadores que, como á tal, la hayan despreciado sin escrúpulo. La Revolución francesa fué como una violenta sanción, que puso el sello á esta impopularidad universal, ante la cual parecieron abismarse en el olvido las más grandes y hermosas obras, dignas de admiración y de inmortal respeto. Hoy, debido á los numerosos y concienzudos trabajos hechos con espíritu sereno é independiente, entre los cuales debemos citar por su importancia en el dominio de la filosofía, los de Hauréau, Ehrle, Denifle, Baumker, Pica-

vet, De Wulf y otros muchos; y gracias también á la inconsistencia y á las incertidumbres del pensamiento moderno, que reclaman cada vez más imperiosamente la necesidad de una orientación definitiva, se estudia con más ardor y se aprecia con más justicia la grande y sólida tradición de la Escuela.

Hoy se conviene ya generalmente, en que la Edad Media, en su conjunto, no fué época de esterilidad, y en que no es merecedora del descrédito acumulado sobre ella por los siglos que nos han precedido; en particular, se reconoce en los siglos XIII y XIV una era de gran fecundidad, en que florecieron las síntesis filosóficas más variadas, vigorosos renacimientos del pensamiento de Platón, de San Agustín, de los Padres de la Iglesia, lo mismo que del aristotelismo al cual dieron nueva vida, infundiéndole savia nueva.

A partir del siglo XV, es verdad, la escolástica comienza á decaer. Se debatían los intereses de la filosofía ante un siglo de humanistas, que juzgaban el lenguaje escolástico como una jerga incorrecta y bárbara; y como consecuencia inevitable, alcanzaron también al fondo de la doctrina los ataques y las burlas que se dirigían á su expresión.

El Renacimiento, que entonces comenzaba á restaurar el culto de las letras paganas, hizo revivir al mismo tiempo las filosofías de la Grecia antigua; y, á medida que aparecían y se multiplicaban los partidarios de las escuelas neo-pi-

tagórica y neo-platónica, ó los adeptos del nuevo aristotelismo y del nuevo estoicismo, aumentaba también el número de los adversarios de la escolástica decadente.

Por otra parte, á medida que se había ido alejando la época de los grandes maestros Pedro Lombardo, Alejandro de Hales, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, los herederos y continuadores de su obra se entregaron á controversias secundarias y sutiles, haciendo solidaria á la metafísica de estos maestros, de las teorías físicas ó cosmogónicas sin carácter científico, lo mismo que de tantas opiniones arbitrarias y conjeturales, de las cuales había sabido muy bien guardarse el genio de Santo Tomás (1). Así que no tiene nada de extraño que la ciencia experimental, rodeada de todo el prestigio que le

(1) Bien conocido es el texto en que Santo Tomás pone en duda el valor de ciertas suposiciones admitidas por Aristóteles, con el objeto de explicar las irregularidades aparentes del movimiento de los planetas: «Astrologorum suppositiones—dice el Doctor Angélico—quas invenerunt, non est necessarium esse veras. Licet enim talibus suppositionibus factis appareant solvere, non tamen oportet dicere, has suppositiones esse veras, quia forte secundum alium modum nondum ab hominibus comprehensum, apparentia circa stellas salvatur. Aristoteles tamen utitur hujusmodi suppositionibus ad qualitatem motuum tanquam veris.» (De Cælo et mundo, lib. II, lect. 17.) También Alberto el Grande hacía restricciones á sus enseñanzas en historia natural: «Earum quas ponemus (sententias), quasdam quidem ipsi nos experimento probavimus, quasdam autem referimus ex dictis eorum, quos comperimus non de facili aliqua dicere, nisi probata per experimentum. Experimentum enim solum certificat in talibus, eo quod de tam particularibus naturis syllogismus haberi non potest.» (De Vegetabilibus ed. Jammy Y. Lugduni, 1651, pág. 430.) Vide, Doctor Carl Poraig, *Ueber die philosophische Bedeutung von Schulbüchern*. Phil. Jahrb. 1891, páginas 406 y 407.

dieron descubrimientos inesperados, eclipsara una doctrina tan torpemente mantenida (1).

Se ha exagerado muchas veces, preciso es decirlo, esta decadencia de la Escuela al hacerla general. Si el siglo xv es para la escolástica una época de decadencia, no faltan, sin embargo, herederos que mantienen fielmente la gran tradición doctrinal. A este siglo pertenecen nombres tan ilustres como los de Capreolo, llamado el príncipe de los tomistas; Silvestre Ferrariense, comentador el más apreciado de la *Suma contra los gentiles*; Gersón, el célebre canciller de la Universidad de París; Dionisio el Cartujano, y sobre todo, Tomás del Vio, llamado el Cayetano.

En los siglos xvi y xvii brillaron: la escuela dominicana de Salamanca, Francisco de Vitoria y sus discípulos Domingo Soto y Medina; los teólogos y filósofos de la Compañía de Jesús, particularmente Gabriel Vázquez, Suárez, los

(1) La lucha entre los copernicanos y los partidarios fieles de Aristóteles y de Ptolomeo ofrece, respecto al asunto que aquí nos ocupa, una importancia capital. La época de mayor excitación fué, sobre todo, la primera mitad del siglo xvii, á consecuencia de los célebres descubrimientos astronómicos de Galileo. Estos arruinaban las ideas aristotélicas sobre la incorruptibilidad, inmutabilidad intrínseca é inalterabilidad de los cuerpos celestes, sobre la inmovilidad absoluta de nuestro globo, etc... De otra parte, los peripatéticos defendían la autoridad del estagirita, recusando las pruebas contrarias que muchas veces no eran decisivas; muchos de entre ellos, decía Galileo, «más bien que introducir alguna alteración en el cielo de Aristóteles, se empeñan perninazmente en negar las que ven en el cielo de la naturaleza.» Conviene leer, sobre las peripecias de esta lucha en Bélgica, la obra del Dr. G. MONCHAMP, *Galilée et la Belgique*, Saint-Trond, 1892. - V. S. THOMAS, *De coelo et mundo*, especialmente I, lect. 6 y 7.

profesores del Colegio de Coimbra; el Colegio de Carmelitas de Alcalá, Juan de Santo Tomás: todos ellos se inspiraron constantemente en Aristóteles y en el Doctor Angélico; más tarde, Fenelón, Bosuet y hasta Leibniz recibieron la influencia poderosa de Santo Tomás, si bien su filosofía ofrece ya un carácter ecléctico.

Durante el siglo xviii, no queda interrumpida la tradición escolástica, pero no traspasa los umbrales de los monasterios, en cuyos claustros silenciosos se había refugiado; mientras tanto que sigue libremente su curso el pensamiento de los innovadores, sin que la tradición haga nada por detener la corriente, ni por canalizarla. Al concluir el siglo, no encuentran qué oponer los filósofos cristianos al sensualismo francés é inglés y á la influencia lenta del criticismo alemán, si no es un espiritualismo vago é inconsistente, inspirado por Descartes. Bonald, Bautain y Lamennais se dieron cuenta, con razón, de la debilidad de este espiritualismo, pero estuvieron poco felices en sus tentativas de renovación filosófica. El fideísmo y el tradicionalismo fué la base que eligieron para afianzar su filosofía, y la Iglesia romana, más cuidadosa de mantener la verdad que de acceder á las pretensiones de sus amigos—*magis amica veritas*—, no dudó en condenar estos sistemas.

Entonces los filósofos cristianos se echaron en brazos del espiritualismo clásico (cartesiano), y para darle nueva vida, les pareció bien pedir inspiración á Malebranche, creyendo encontrar

aquí el pensamiento de San Anselmo y de San Agustín. Entonces vino la época del ontologismo, cuyos principales representantes en Italia, en Francia y en Bélgica fueron Gerdil, Rosmini, Gioberti, Ubaghs, Laforêt y otros. Por segunda vez, y con el mismo sentimiento de tener que contrariar á los fieles y eminentes servidores de la Iglesia, hubo de declarar la Santa Sede que la verdad no estaba por este lado (1).

La condenación de estos esfuerzos, más generosos que acertados, de los apologistas cristianos para hacer frente al enemigo, de una parte, y de otra la invasión creciente de las filosofías anticristianas salidas de Alemania y de Inglaterra, hicieron sentir cada vez más imperiosamente la necesidad de renovar la tradición de las edades pasadas. Poco después de mitad de siglo comienza ya á manifestarse un renacimiento medioeval. Los monumentos de la arquitectura, y el arte pictórico de aquellas edades, suscitan gran admiración y émulo entusiastas; León Gautier ha hecho revivir las antiguas epopeyas francesas «que nos ofrecen—dice—tipos humanos que superan en cien codos las creaciones de la antigüedad pagana» (2); las doctrinas políticas y económicas de Santo Tomás son estudiadas con interés creciente; y en todos los

(1) Véase, MONS D'HULST, *Philosophie séparée et philosophie chrétienne*, Namur, 1896, p. 20.

(2) LÉON GAUTIER, *La Chanson de Roland*, prefacio de la 1.<sup>a</sup> edición.

países de Europa la filosofía escolástica está en vías de recobrar su antigua grandeza.

El P. Ceferino González, de Cepeda, Orti y Lara, Urráburu y Fajarnés, en España; Sanseverino, Signoriello y Prisco, en Italia meridional; Liberatore, Zigliara y Cornoldi, en Roma; Kleutgen, Stöckl, Gutberlet, Baumker, Schneid, Pesch, von Hertling, en Alemania; Kaufmann, en Lucerna; S.-G. Mivart, en Inglaterra; De San, Dupont, Lépidi, Van Weddingen, Dummermuth, en Bélgica; Grandclaude, Vallet, Farges, d'Hulst, Domet de Vorges, Gardair, Bulliot, Elias Blanc (1), Monsabré, Coconnier, de Regnon, y, algún tanto eclécticos, Peillaube, Fonsegrive y Piat, en Francia; el P. de Groot en Amsterdam: atestiguan, por la comunidad de sus esfuerzos, que los filósofos cristianos han encontrado orientación definitiva.

Los Papas han tomado gran parte en este renacimiento de la filosofía cristiana. Ya Pío IX, en las cartas que adquirieron gran celebridad, dirigidas á los Arzobispos de Breslau y de Munich, expresaba su satisfacción y su paternal

(1) La *Histoire de la Philosophie* de Elias Blanc, contiene un capítulo muy bien documentado sobre la restauración de la filosofía escolástica. Aprovechamos esta ocasión para agradecer al autor el interés y simpatía que manifiesta por el Instituto superior de la Universidad de Lovaina. Creemos, sin embargo, necesario manifestar nuestro parecer, contrario al del sabio profesor, al indicar cierta desconfianza respecto de la psicofísica, y cuando nos hace una alusión hablando de la extensión de las sensaciones. Para contestar á lo primero, creemos ser suficiente lo que escribimos en este capítulo; en cuanto á lo segundo, nos bastará con recordar la doctrina aristotélica invocada por Santo Tomás: «Sentire non est proprium anime neque corporis, sed conjuncti». (Summ. theol. 1.<sup>a</sup>, q. 77, a. 5.)

solicitud por la restauración del tomismo. Pero estaba reservado á León XIII, el dar al movimiento neotomista un eficaz y universal impulso y su verdadera orientación. Al mismo tiempo que el inmortal Pontífice excitaba con repetidas instancias al mundo católico sabio, á volver «á las aguas más puras del saber, tales como las que proceden del Doctor Angélico en caudal abundante é inagotable», definía, como para desvanecer de antemano las objeciones que pudieran oponerse, en qué sentido debía realizarse esta renovación escolástica; guardándose, ya de defender con obstinación sutilezas que pasaron, ya también, de afectar desdén por los descubrimientos importantes que cada día se añaden á la historia de las ideas, ó aumentan el campo de las ciencias naturales y de observación. «Proclamamos—decía en la Encíclica *Æterni Patris*—que deben recibirse de buen grado y con reconocimiento todo pensamiento sabio y todo descubrimiento útil, vengan de donde vinieren...» y, «si apareciere en las doctrinas escolásticas alguna cuestión demasiado sutil, alguna afirmación inconsiderada, ó cualquiera otra cosa que no esté de acuerdo con las verdades descubiertas en edades posteriores, ó algo, en una palabra, que esté desnudo de probabilidad, no entendemos en modo alguno que haya de proponerse á la imitación de nuestro siglo» (1).

(1) Entre los numerosos comentarios de la encíclica *Æterni Patris*, debemos citar á VAN WEDDINGEN, *L'Encyclique de S. S. Léon XIII et*

Desde 1879, el movimiento no hace más que extenderse por todas partes, siendo acogidas las doctrinas tradicionales con simpatía por los filósofos católicos. León XIII funda la *Accademia Romana di San Tommaso*, á la vez que se comienza la edición pontificia de las Obras del Angel de las Escuelas, ilustradas con los comentarios de Cayetano y de Silvestre de Ferrara; M. Gardair abre en la Sorbona de París un curso de filosofía de Santo Tomás, que atrae numerosa y selecta concurrencia; al mismo tiempo que la Universidad de Amsterdam incluye en sus programas oficiales la exposición de la filosofía tomista, que es confiada al P. De Groot. Santo Tomás es el que inspira la enseñanza teológica y filosófica en la Universidad gregoriana, en la facultad de teología de Innsbrück, en las Universidades católicas de París, Lille, Angers, Tolosa y Lyon, en la Universidad católica de Washington, donde explica un sabio de primer orden, M. Bouquillon, cuyos tratados de moral forman un comentario de tanto valor como fiel de la Suma teológica; y, finalmente, en la Universidad de Friburgo, en Suiza, donde la enseñanza teológica y filosófica está confiada á los mejores guardadores del tomismo, á los hijos de Santo Domingo. No debemos terminar esta enumeración sin mencionar el Instituto superior de

*la restauration de la philosophie chrétienne*, 1.<sup>o</sup> édit. Bruxelles, 1880. SCHNEID, *Die Philosophie des hl. Thomas und ihre Bedeutung für die Gegenwart*. Würzburg, 1881.

Filosofía, fundado por el gran Papa reinante en la Universidad de Lovaina, con el fin especial de

reunir en un solo punto la doctrina la antigua metafísica, y los frutos del trabajo científico de los tiempos modernos (1).

Esta misma actividad, cada vez más acentuada, en la fundación de clases ó centros consagrados á la escolástica, se ha extendido hace ya algunos años, y en otro orden, á la creación de numerosas revistas especiales de filosofía. Antes de 1880, apenas disponían los católicos de otra publicación filosófica que los *Annales de Philosophie chrétienne*, de París. Después han ido apareciendo sucesivamente: en Placencia (Italia), el *Divus Thomas* (1880); en Roma, la *Accademia Romana di San Tommaso d'Aquino* (1881); en Budapest, el *Bölcséleti Folyóirat* (1885); en Paderborn, el *Jahrbuch für Philosophie und spekulative Theologie* (1887), en Fulda, el *Philosophisches Jahrbuch* (1888), en Friburgo (Suiza), la *Revue Thomiste* (1883), y en Lovaina, la *Revue Néo-Scholastique* (1894). La Universidad católica de Washington publica también una revista: el *Catholic University Bulletin* (1896), una parte de la cual está dedicada á la filosofía escolástica (2).

(1) «Equidem necessarium, nedum opportunum esse ducimus, ea (studia) recte et ordine dispersita sic tradi alumnis, ut complexa quidquid veterum sapientia tulit, et sedula recentiorum adiecit industria, large copioseque eos sint paritura fructus, qui religioni pariter et civili societati proficiant.» (Carta de León XIII á S. E. el Cardinal Arzobispo de Malinas, con fecha de 8 de Nov. año de 1889)

(2) Desde Diciembre último viene publicándose en Francia una importante revista filosófica, titulada *Revue de philosophie*, órgano del Instituto católico de París.

El movimiento neo-tomista ha sido afianzado en varios congresos internacionales, señalando un aumen-

tando su energía y universalidad. Tres de estos congresos científicos de los católicos se han reunido sucesivamente, el primero en París, después en Bruselas y últimamente en Friburgo. Numerosos han sido los trabajos presentados en las secciones de filosofía de estas asambleas. Ya en el Congreso de París (1891), entre las diez y nueve memorias principales concernientes á la filosofía, muchas de ellas se inclinaban al escolasticismo ó eran francamente tomistas (1). En el de Bruselas (1894), «el conjunto de trabajos filosóficos presentados... manifiesta, ante todo, la tendencia general á combatir el criticismo kantiano y positivista» (2). Diez y seis memorias importantes sobre la verdadera doctrina tomista, que abrazaban todas las cuestiones filosóficas, valieron á sus autores el favor y aplauso de la asamblea.

En Friburgo, por último (año 1895), ha podido notarse que «la filosofía tradicional extiende más y más su imperio sobre las inteligencias. Casi todos los trabajos pretenden relacionarse más ó menos directamente con las doctrinas fundamentales de Aristóteles; casi todos buscan acogerse en definitiva al gran nombre de Santo Tomás de Aquino. No es muy claro que

(1) Véase la *Revue des Questions scientifiques*, juillet 1882, páginas 19<sup>a</sup>-209.

(2) Véase J. HOMANS, *La Philosophie au Congrès scientifique international des Catholiques*. (*Revue Néo-Scholastique*, 1896, p. 84 y sig.)

tales pretensiones deban siempre justificarse; pero esta tendencia á querer evitar todo conflicto con el Angel de las Escuelas es muy significativa» (1). Una treintena de memorias leídas en las sesiones han dado lugar á largas discusiones, donde más de una vez se ha afirmado la tendencia de los católicos de hoy á separarse del espiritualismo cartesiano ó ecléctico (2).

La Encíclica *Aeterni Patris* ha traído como resultado inmediato, todo este vigoroso renacimiento de la filosofía de los grandes maestros de la escolástica; á la vez que ha dado unidad y orientación á la enseñanza de las escuelas católicas. El movimiento escolástico ha hecho fijar, además, sobre un mundo de ideas que era generalmente desconocido, la atención de eruditos y pensadores alejados de la fe cristiana.

Así no es raro ver cómo hasta entre los pensadores no cristianos se levantan voces, aportando apreciables homenajes á la superioridad del genio filosófico de Santo Tomás de Aquino, y á la importancia de este movimiento hacia sus enseñanzas. «Se me ha acusado con razón, escribe Rodolpho von Ihering, profesor en la Universidad de Göttinga, y la misma acusación

(1) Véase el artículo de M. P. DE MUNYCK, *La Section de Philosophie au Congrès scientifique de Fribourg*, en la *Revue Néo-Scholastique*, 1897, p. 328 y siguientes.

(2) En Agosto de 1900 ha tenido lugar el IV Congreso internacional de sabios católicos; en la sección de filosofía se ha podido advertir una tendencia más general y uniforme que en los Congresos anteriores, á buscar inspiración en los grandes principios de la tradición escolástica.

puede hacerse con derecho á los filósofos modernos y á los teólogos protestantes en general, de ignorar los vigorosos pensamientos de Tomás de Aquino. Cuando yo he llegado á conocer esta poderosa inteligencia, me he preguntado con sorpresa, cómo es posible que verdades, como las que él ha expuesto, hayan podido caer jamás entre nosotros en olvido tan completo. ¡Qué de errores se hubieran evitado, de haber guardado fielmente sus doctrinas! Por mi parte, de haberlas conocido un poco antes, creo que no hubiera escrito mi libro, puesto que las ideas fundamentales que habia de publicar, estaban ya expresadas con una claridad perfecta y admirable fecundidad de concepción en este gran pensador» (1).

Un lenguaje semejante emplean en Holanda los profesores Pierson, Van der Wyck y Van der Vlugt. «¡Qué sorpresa, escribe este último, para los que nunca conocieron á Santo Tomás, sino es por relaciones falseadas de otros, si llega el día feliz en que puedan encontrarse en contacto inmediato con su pensamiento, leyendo directamente sus obras!... Un hombre como éste no pertenece á una generación, pertenece á todos los siglos. ¡Gloria á este pensador! ¡Gloria á su obra!...» (2).

(1) RUDOLPHE VON IHERING, *Der Zweck im Recht*, 2<sup>o</sup> Aufl. S. 161. Vide, *Revue Néo-Scholastique*, Article-Programme, janvier 1894, número 1, p. 7.

(2) VAN DER VLUGT, citado en el *Philosophisches Jahrbuch*, III, 1890, S. 133.—V. la *Revue Néo-Scholastique*, Enero de 1894, núm. 1, página 7.